

cada uno en su provincia, predicando el Evangelio de Jesucristo.

377. Y conforme á esta cuenta, san Pablo gastó el primer año de su conversion, ó la mayor parte dél, en la jornada y predicacion de la Arabia, y los tres siguientes en Damasco. Y por esto el evangelista san Lucas en el capítulo ix de los Hechos apostólicos ¹, aunque no cuenta la jornada de san Pablo á Arabia, pero dice que despues de muchos dias de su conversion trataron los judíos de Damasco cómo le quitarian la vida, entendiendo por estos muchos dias los cuatro años que habian pasado. Y luego añade ², que conocidas las asechanzas de los judíos, le descolgaron los discípulos una noche por el muro de la ciudad, y vino á Jerusalem. Y aunque los dos Apóstoles que allí estaban y otros nuevos discípulos sabian ya su milagrosa conversion, con todo esto les duraba siempre el temor y recelo de su perseverancia, por haber sido tan declarado enemigo de Cristo nuestro Salvador. Con este recelo se recataban de san Pablo al principio, hasta que san Bernabé le habló, y le llevó á la presencia de san Pedro y Santiago, y otros discípulos ³. Allí se postró Pablo á los piés del Vicario de Cristo nuestro Salvador, y se los besó, pidiéndole con copiosas lágrimas le perdonase como á quien estaba reconocido de sus errores y pecados, que le admitiese en el número de sus súbditos y seguidores de su Maestro, cuyo santo nombre y fe deseaba predicar hasta derramar su sangre.

378. De este miedo y recelo que tuvieron san Pedro y Santiago Alfeo de la perseverancia de san Pablo se colige tambien que cuando vino á Jerusalem no estaba en ella María santísima ni san Juan; porque si se hallaran en la ciudad, primero se presentara á ella que á otro alguno, con que les quitara el temor; y tambien ellos se informaran de la divina Madre mas inmediatamente para saber si podian fiarse de san Pablo; y todo lo previniera la prudentísima Señora, pues era tan oficiosa y atenta al consuelo y acierto de los Apóstoles, y mas de san Pedro. Pero como la gran Señora estaba ya en Éfeso, no tuvieron quien los asegurase de la constancia y gracia de san Pablo, hasta que san Pedro la experimentó viéndole rendido á sus piés. Entonces le admitió con gran júbilo de su alma y de todos los demás discípulos. Dieron todos humildes y fervientes gracias al Señor, y ordenaron que san Pablo saliese á predicar en Jerusalem, como de hecho lo hizo con admiracion de los judíos que le conocian. Y porque sus palabras eran flechas encendidas que penetraban los corazones de todos cuantos le oian, quedaron asombrados; y en dos dias

¹ Act. ix, 23. — ² Ibid. 24, 25. — ³ Ibid. 26, 27.

se conmovió toda Jerusalem con la voz que corrió de la venida y novedad de san Pablo, que ya iban conociendo por experiencia.

379. No dormia Lucifer ni sus demonios en esta ocasion, en que para su mayor tormento los despertó mas el azote del Todopoderoso; porque al entrar san Pablo en Jerusalem sintieron estos dragones infernales que los atormentaba, oprimia y arruinaba la virtud divina que estaba en el Apóstol. Pero como aquella soberbia y malicia nunca se extinguirá ¹ mientras eternamente duraren estos enemigos; luego que sintieron contra sí tan violenta fuerza, se irritaron mas contra san Pablo, en quien la reconocian. Y Lucifer con increíble saña convocó á muchas legiones de sus demonios, y les exhortó de nuevo que todos se animasen, y estrenasen la fuerza de su malicia en aquella demanda para destruir de todo punto á san Pablo, sin dejar piedra que para este fin no moviese en Jerusalem y en todo el mundo. Ejecutaron sin dilacion los demonios este acuerdo, irritando á Herodes y á los judíos contra el Apóstol, y tomando ocasion para esto del increíble y ardiente celo con que comenzó á predicar en Jerusalem.

380. Tuvo noticia de todo esto la gran Señora del cielo que estaba en Éfeso; porque á mas de su admirable ciencia, trajeron aviso de todo lo que pasaba con san Pablo los mismos Ángeles que envió á su defensa. Y como la beatísima Madre tenia prevenida la turbacion de Jerusalem, por la malicia de Herodes y de los judíos; y por otra parte la importancia de conservar la vida de san Pablo para la exaltacion del nombre del Altísimo y dilatacion del Evangelio, y conocia el peligro en que estaba en Jerusalem ², todo esto dió nuevo cuidado á la divina Señora, y crecia mas por hallarse ausente de Palestina, donde pudiera asistir á los Apóstoles mas de cerca. Pero hizo desde Éfeso con la eficacia de sus continuas oraciones y peticiones, multiplicándolas sin cesar con lágrimas, gemidos y con otras diligencias por ministerio de los santos Ángeles. Para aliviarla en estos cuidados el Señor la respondió un dia en la oracion, que se haria lo que pedia por Pablo, que le guardaria su Majestad la vida, y la defenderia en aquel peligro y asechanzas del demonio. Y sucedió así; porque estando san Pablo un dia orando en el templo tuvo un éxtasis admirable y de altísimas iluminaciones y inteligencias, con gran júbilo de su espíritu; y en él le mandó el Señor saliese luego de Jerusalem, porque convenia para salvar su vida del odio de los judíos, que no admitirian su doctrina y predicacion.

¹ Psalm. LXXIII, 23. — ² Supr. n. 375.

381. Por esta razon no se detuvo san Pablo en Jerusalem mas de quince dias en esta jornada, como él mismo lo dice en el capitulo *ad Galatas* ¹. Despues de algunos años que volvió de Mileto y Efeso á Jerusalem, donde le prendieron, refiere este suceso del éxtasis que tuvo en el templo, y del mandato del Señor para que saliese luego de Jerusalem, como se contiene en el capitulo xxii de los Hechos apostólicos ². De esta vision y órden del Señor dió cuenta san Pablo á san Pedro como cabeza del apostolado; y conferido el peligro en que estaba la vida de Pablo, le despacharon ocultamente á Cesarea y Tarsos ³, para que predicase á los gentiles sin diferencia, como lo hizo. De todas estas maravillas y favores era María santísima el instrumento y medianera, por cuya intercesion las obraba su Hijo santísimo; y de todo tenia luego noticia, y daba las gracias en su nombre y de toda la Iglesia.

382. Asegurada ya entonces la vida de san Pablo, tenia la piadosa Madre esperanza de que la divina Providencia favoreceria á Jacobo su sobrino, de quien tenia singular cuidado, que siempre estaba en Zaragoza asistido de los cien Ángeles que le dió en Granada para su compañía y defensa, como dejo dicho ⁴. Estos divinos espíritus iban y venian muchas veces á la presencia de María santísima con las peticiones de nuestro Apóstol y con otros avisos de nuestra gran Reina; y por este medio tuvo Santiago noticia de la venida de la gran Señora á Efeso. Y cuando tuvo la capilla y pequeño templo del Pilar de Zaragoza en la disposicion que convenia, la dejó encomendada al obispo y discípulos que dejaba en aquella ciudad como en otras de España. Hecho esto, despues de algunos meses del aparecimiento de la gran Reina, partió Santiago de Zaragoza continuando por diversos lugares su predicacion; y llegando á la costa de Cataluña se embarcó para Italia, donde sin detenerse mucho prosiguió el viaje predicando siempre, hasta que se embarcó otra vez para Asia, con ardientes deseos de ver en ella á María santísima, su Señora y amparo.

383. Consiguiólo felicísimamente Santiago, y llegando á Efeso se postró á los piés de la Madre de su Criador derramando copiosas lágrimas de júbilo y veneracion. Con estos vivos afectos la dió humildes gracias por los incomparables favores que por su medio habia recibido de la divina diestra en la peregrinacion y predicacion de España, y por haberlo visitado en ella con su real presencia, y por todos los beneficios que en estas visitas le habia hecho. La divina

¹ Galat. i, 18. — ² Act. xxii, 17, 18. — ³ Ibid. ix, 30. — ⁴ Supr. n. 326.

Madre, como maestra de la humildad, le levantó luego del suelo y le dijo: *Señor mio, advertid que sois unguido del Señor, su cristo y su ministro, y yo un humilde gusanillo*. Con estas palabras se arrodilló la gran Señora, y le pidió la bendicion á Santiago como á sacerdote del Altísimo. Estuvo algunos dias en Efeso en compañía de María santísima y de su hermano san Juan, á quien dió cuenta de todo lo que en España le habia sucedido; y con la prudentísima Madre tuvo aquellos dias altísimos coloquios y conferencias, de los cuales basta referir solos los siguientes.

384. Para despedir á Jacobo le habló María santísima un dia, y le dijo: *Jacobo, hijo mio, estos serán los últimos y pocos dias de vuestra vida. Ya sabéis cuán de corazon os amo en el Señor, deseando llevaros á lo íntimo de su caridad y amistad eterna, para la cual os crió, redimió y llamó. En lo que os restare de vida, deseo manifestaros este amor, y os ofrezco todo lo que con la divina gracia pudiese hacer por Vos como verdadera madre*. Á este favor tan inefable respondió Jacobo con increíble veneracion, y dijo: *Señora mia, y Madre de mi Dios y Redentor, de lo íntimo de mi alma os doy gracias por este nuevo beneficio, digno de sola vuestra caridad sin medida. Pido, Señora mia, me deis vuestra bendicion para ir á padecer martirio por vuestro Hijo, y mi verdadero Dios y Señor. Y si fuere voluntad suya y de su gloria, desea mi alma suplicaros que no me desampareis en el sacrificio de mi vida, sino que os vean mis ojos en aquel tránsito, para que me ofrezcáis por agradable hostia en su divina presencia*.

385. Á esta peticion de Santiago respondió María santísima la presentaria al Señor, y se la cumpliria, si la divina voluntad y dignacion lo disponia para su gloria. Con esta esperanza y otras razones de vida eterna confortó al Apóstol, y le animó para el martirio que le esperaba, y entre otras palabras le dijo las siguientes: *Hijo mio Jacobo, ¿qué tormentos y qué penas parecerán graves para entrar en el eterno gozo del Señor? Todo lo violento es suave, y lo mas terrible amable y deseable á quien ha conocido al infinito y sumo Bien, que ha de poseer por un momentáneo dolor* ¹. *Yo os doy, Señor mio, la enhorabuena de vuestra felicísima suerte, y que esteis tan cerca de salir de estas pasiones de la carne mortal, para gozar del Bien infinito como comprehensor, y ver la alegría de su divino rostro. En esta dicha me lleváis el corazon, porque tan en breve habeis de conseguir lo que desea mi alma; y daréis la vida temporal por la posesion inde-*

¹ II Cor. iv, 17.

fectible del eterno descanso. Yo os doy la bendición del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para que todas tres Personas en unidad de una esencia os asistan en la tribulación, y os encaminen en vuestros deseos; y el mío os acompañará en vuestro glorioso martirio.

386. Sobre estas razones añadió la gran Reina otras de admirable sabiduría y de suma consolación para despedir á Santiago. Ordenóle que cuando llegase á la vista beatífica alabase á la beatísima Trinidad en nombre de la misma Señora y todas las criaturas, y que rogase por la santa Iglesia. Ofrecióla Santiago hacer todo lo que le ordenaba, y de nuevo la pidió su favor y protección en la hora de su martirio; y la divina Madre se lo prometió otra vez. En las últimas razones de la despedida dijo Santiago: *Señora mía y bendita entre las mujeres, vuestra vida y vuestra intercesión es el apoyo en que la santa Iglesia ahora y en todos los siglos ha de permanecer segura entre las persecuciones y tentaciones de los enemigos del Señor; y vuestra caridad será el instrumento de vuestro legítimo martirio. Acordaos siempre, como dulcísima madre, del reino de España donde se ha plantado la santa Iglesia y fe de vuestro Hijo santísimo mi Redentor. Recibidle debajo de vuestro especial amparo, y conservad en él vuestro sagrado templo y la fe que yo indigno he predicado, y dadme vuestra santa bendición.* Ofrecióle María santísima cumpliría su petición y deseos, y dándole la bendición le despidió.

387. Despidióse también Santiago de su hermano san Juan con grandes lágrimas de entrambos, no de tristeza tanto, como de júbilo por la dicha de el mayor hermano, que había de ser el primero en la felicidad eterna y palma del martirio. Luego caminó Santiago, sin detenerse, á Jerusalem, donde predicó algunos días antes que muriese, como diré en el capítulo siguiente. Quedó en Éfeso la gran Señora del mundo, atenta á todo lo que sucedía á Santiago y á todos los demás Apóstoles, sin perderlos de su vista interior, y sin intermitir las peticiones y oraciones por ellos y por todos los fieles de la Iglesia. Y con la ocasión del martirio que Santiago iba á padecer por el nombre de Cristo, se despertaron en el inflamado corazón de la purísima Madre tantos incendios de amor y deseos de dar su vida por el mismo Señor, que mereció muchas mas coronas que el Apóstol, y mas que todos juntos; porque con cada uno padeció muchos martirios de amor, mas sensibles para su castísimo y ardentísimo corazón que los tormentos de navajas y fuego para los cuerpos de los Mártires.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

388. Hija mía, en las advertencias de este capítulo tienes muchas reglas de perfección y de bien obrar. Advierte, pues, que así como Dios es principio y origen de todo el ser y potencias de las criaturas, así también, conforme al orden de la razón, ha de ser el fin de todas ellas; porque si todo lo recibe sin merecerlo, todo lo debe á quien se lo dió de gracia; y si se lo dieron para obrar, todas las obras debe á su Criador, y no á sí misma ni á otro alguno. Esta verdad, que yo entendía sin engaño, y la confería en mi corazón, me obligaba al ejercicio que tantas veces con admiración has escrito¹ y entendido de postrarme en tierra, pegarme con ella, y adorar al ser de Dios inmutable con profunda reverencia, veneración y culto. Consideraba como había sido criada de la nada, y formada de tierra; y en presencia del ser de Dios me aniquilaba, reconociéndole por Autor que me daba vida, ser y movimiento², y que sin él fuera nada, y todo se lo debía como á único principio y fin de todo lo criado. Con la ponderación de esta verdad me parecía poco todo cuanto hacia y padecía; y aunque no cesaba en obrar bien, siempre anhelaba y suspiraba por hacer y padecer; mas nunca se saciaba mi corazón, porque siempre me hallaba deudora y me consideraba pobre y mas obligada. Muy cerca de la razón natural está esta ciencia, y mas de la luz de la fe, si los hombres atendieran á ella, pues la deuda es común y manifiesta. Pero entre este general olvido quiero, hija mía, estés advertida para imitarme en estas obras y ejercicios que te he manifestado; y en especial te advierto te pegues al polvo, y deshagas mas cuando el Altísimo te levantara á los favores y regalos de sus abrazos mas estrechos. Este ejemplo tienes patente en mi humildad, cuando recibía algun beneficio singular, como fue mandar el Señor que en la vida mortal se me dedicase templo donde fuese invocada y honrada con veneración y culto. Este favor y otros me humillaron sobre toda ponderación humana; y si yo hacia esto sobre tantas obras, pondera tú lo que debes hacer cuando contigo es tan liberal el Señor, y tu retribución ha sido tan corta.

389. Quiero también, hija mía, que me imites en ser muy circunspecta y de espíritu pobre en satisfacer á tus necesidades sin muchas comodidades, aunque te las ofrezcan tus monjas, ó los que te

¹ Part. I, n. 784; part. II, n. 180; Supr. à n. 4, et frequentissime.

² Act. xvii, 28.

quieren bien. Elige siempre en esto ó admite lo mas pobre, moderado, desechado y humilde; pues de otra manera no puedes imitarme, ni seguir mi espíritu, con que despedí sin hacer extremos todas las comodidades, ostentacion y abundancia que los fieles me ofrecieron en Jerusalem; y en Éfeso, para mi jornada y habitacion, yo admití lo menos que me bastaba. En esta virtud están encerradas muchas que hacen muy dichosa á la criatura, y el mundo engañado y ciego se paga y se arroja á todo lo contrario de esta virtud y verdad.

390. De otro comun engaño procura tambien guardarte con todo cuidado. Esto es, que los hombres, aunque deben conocer que todos los bienes del cuerpo y del alma son propios del Señor, con todo eso de ordinario se los apropian á sí mismos y los tienen tan asidos, que no solo no los ofrecen de voluntad á su Criador y Señor; mas si alguna vez se los quita lo sienten y lamentan, como si fueran injuriados, y como si Dios les hiciera algun agravio. Tan desordenadamente suelen amar los padres á los hijos, y los hijos á los padres, los maridos á las mujeres, y ellas á ellos, y todos á la hacienda, la honra, la salud y otros bienes temporales, y muchas almas los espirituales, que si estos les faltan, no tienen modo en el dolor y sentimiento; y aunque sea imposible recuperar lo que desean, viven inquietos y sin consuelo, pasando del sentimiento sensible al desorden de la razon y injusticia. Con este vicio no solo condenan las obras de la divina Providencia, y pierden el gran mérito que alcanzaran ofreciéndolo al Señor, y sacrificándole lo que es propio suyo; sino que dan á entender que tendrian por última felicidad poseer y gozar aquellos bienes transitorios que han perdido, y que vivirían contentos muchos siglos con solo aquel bien aparente, caduco y perecedero.

391. Ninguno de los hijos de Adan pudo amar mas ni tanto otra cosa visible como yo á mi Hijo santísimo y á mi esposo Josef; y con ser este amor tan bien ordenado cuando vivía en su compañía, ofrecí al Señor de todo corazon el carecer de su trato y conversacion todo el tiempo que sin ella viví en el mundo. Esta conformidad y resignacion quiero que imites, cuando te faltare alguna cosa de las que en Dios debes amar; que fuera de su Majestad para ninguna tienes licencia. Solo han de ser en tí perpétuas las ansias y deseos de ver al sumo Bien y de amarle eternamente y para siempre en la patria. Por esta felicidad debes anhelar con lágrimas y suspiros de lo íntimo de tu corazon; por ella debes padecer con alegría todas las penalidades y aflicciones de la vida mortal. En estos afectos has de cami-

nar, de manera que desde hoy tengas vivos deseos de padecer todo cuanto oyeres y entendieres que han padecido los Santos, para hacerle digna de Dios. Pero advierte que estos deseos de padecer, y las aspiraciones y conatos de ver á Dios han de ser de condicion, que con el afecto del padecer recompenses el dolor que no consigues, y le tengas de que no mereces lo que tanto deseas. En los vuelos de anhelar á la vision beatifica no se ha de mezclar otro motivo de aliviarte con el gozo de su vista de las penalidades de la vida; porque desear la vista del sumo Bien para carecer del trabajo, no es amor de Dios, sino de sí mismo, y de propia comodidad, que no merece premio en los ojos del Omnipotente, que todo lo penetran y pesan. Pero si tú obrares estas cosas sin engaño y con plenitud de perfeccion, como fiel sierva y esposa de mi Hijo, deseando verle para amarlo y alabarle, y para no ofenderle mas eternamente, y codiciares todos los trabajos y tribulaciones para solo este fin, cree y asegúrate que nos obligarás mucho, y llegarás al estado de amor que siempre deseas; que para esto somos contigo tan liberales.

CAPÍTULO II.

El glorioso martirio de Santiago; asístele en el María santísima, y lleva su alma á los cielos; viene su cuerpo á España; la prision de san Pedro, y su libertad de la cárcel; y los secretos que en todo sucedieron.

Estado en que tenían los demonios la persecucion de su Iglesia en Jerusalem cuando llegó Santiago. — Nueva inquietud que movió Lucifer por la predicacion del santo Apóstol. — Fervor con que comenzó á predicar en Jerusalem, y conversion que hizo de dos magos. — Disputa de Santiago con Fileto, y conversion deste Mago. — Defendió el Apóstol al nuevo convertido de los maleficios de Hermógenes con un paño de la Virgen que le dió. — Disputa de Santiago con Hermógenes, y conversion de este Mago. — Dióle su báculo con que lo defendió de los demonios. — Ayudaba María con sus oraciones á las conversiones que hacia Santiago. — Desfallecieron Hermógenes y Fileto de la fe en la Asia. — Medios por donde trazaron los pérfidos judíos la prision de Santiago. — Ejecucion de la prision del santo Apóstol. — Presentáronle ante Herodes hijo de Arquelao. — Odio que Herodes tenia á los cristianos, y persecucion que habia movido contra ellos. — Gozo de Santiago viéndose prender para el martirio á imitacion de su Maestro. — Invocacion que hizo á la Madre de Dios. — Ángeles que vió María bajar del cielo para asistir á la pasion del santo Apóstol. — Intímala un Ángel la voluntad divina de que vaya á asistir á Santiago en su martirio. — Milagros que iba haciendo Santiago cuando le llevaban á martirizar. — Llevaron los Ángeles á María á Jerusalem en un refulgente trono. — Ocasion y forma en que la vió